

CAPITULO I

LA MUJER A TRAVES DE LOS TIEMPOS

La cultura, creación de la mujer. - Se invierten los papeles. - Aparece la prostitución. - La odalisca y la abadesa. - Primera noticia del feminismo. - Proclamación de los derechos de la mujer. - Las granadinas combatientes y mártires. - Por primera vez votan las mujeres.

La historia de la mujer es la historia de la esclavitud. ¿Cuáles son los factores determinantes de tan mísera condición y por qué nunca ha logrado liberarse totalmente? Cuestión es esta que requiere un detenido estudio, hecho ya por Simone de Beauvoir en su obra "El Segundo Sexo", que es el más perfecto y documentado análisis de la sicología femenina conocido hasta ahora.

Afirma Simone de Beauvoir que el factor primordial de la precaria condición de la mujer es su pasividad, que la ha llevado a aceptar una personalidad ficticia, hecha para el exclusivo disfrute del varón. Tal situación milenaria ha creado en ella una superestructura, una concien-

cia que la obliga a verse, comportarse y pensar, no como ella es en realidad sino como los hombres han querido que sea para su propio provecho y beneficio. Esta posición, meramente contemplativa, se refleja en todas sus actividades destinadas a decorar y embellecer el marco en donde se desenvuelve la acción creadora del varón. Fatigarse diariamente en una ruda labor de limpieza para despejar el jardín de toda brizna de hierba; cerciorarse de que en el hogar no queda un átomo de polvo, y recrearse luégo en la contemplación de esa maravilla, bañada por la luz de unos ojos amados, es su suprema gloria. Así su universo se encoge y se adapta a la medida de lo pequeño, en donde se sumerge para desempeñar una misión de sirvienta, o de odalisca en el mejor de los casos.

De este destino impuesto a la mujer se encuentra una clara expresión en "El desierto del amor" de Francois Mauriac, en donde describe la vida de un ilustre médico, el doctor Courreges, asediado por las preocupaciones científicas y solicitado por toda suerte de grandes intereses: los periódicos, las juntas, los problemas de los clientes: llega al hogar siempre retrasado, apenas con el tiempo indispensable para tomar unos bocados de comida, con la mirada ausente, flotando entre las viandas que su mujer ha preparado cuidadosamente para él, y una revista científica abierta al lado del plato. Ella le interroga, le propicia mil cuidados que se tornan *importunos* porque sus vidas marchan a distancias inconmensurables. Pertenece ella a esa categoría de los simples de espíritu hechos para servir. Solamente cuando el doctor Courreges, ya enfermo y

abatido, vuelve la mirada hacia el pasado, se da cuenta del sacrificio de esa mujer abnegada, y aconseja así a su hijo: “Tan pronto tengas tu posición asegurada, cástate, hijo mío... Lo importante en la vida es crearse un refugio. Al final, como al principio, es necesario que una mujer nos conduzca... Te sería difícil ser un marido peor de lo que yo he sido... Y mira cómo se venga tu madre hoy, con un exceso de cuidados. No hay nada que sea más necesario que su *importunidad*. No descansa... Me cuida noche y día. ¡Ah, mi muerte será dulce! Uno no se siente servido, sabes? La servidumbre de hoy, como dice ella, no es la misma de antes”.

En lo general no es, pues, el amor, ni el anhelo de encontrar una compañera inteligente lo que induce a los hombres al matrimonio, sino la necesidad de una constante y fiel servidora, que se torna insustituible en las épocas de invalidez: la infancia y la vejez. La madre desvelada sobre la cuna, y la esposa atenta a todos los achaques del anciano.

Ciertamente, al surgir a la vida como sujeto de derecho, la mujer encuentra un extraño escenario fabricado por los hombres, con sus autores, directores, tramoyistas, consuetas, etc., para representar la opereta ideada y escrita por ellos y en donde apenas se le hace a la mujer el honor de asignarle un secundario papel en los coros. Verdad es que algunas han logrado evadirse y, merced a su extraordinario talento y capacidad de esfuerzo, brillaron con luz propia en los diversos campos de la ciencia, las letras, las artes, los negocios, y aun en el dominio y

consolidación de poderosos Estados. Pero los varones, que han constituido los gobiernos, elaborado las leyes, construido el escenario y amaestrado los personajes para la representación de la farsa que a ellos les place, han escrito también la historia por cuyo filtro, cuidadosamente elaborado, apenas pasaron algunos nombres de mujeres que por su genial talento y capacidad de acción marcaron época, como Isabel de Inglaterra.

Si nos detenemos a considerar el cúmulo de esfuerzos, dinamismo y capacidad batalladora a los cuales tiene que enfrentarse una mujer que aspire a realizar obra trascendente, habremos de convenir en que son dueñas de excepcionales talentos aquellas que han logrado romper el doble marco del prejuicio y de la reacción para colocarse en plano destacado. Aún hoy día, ya en posesión de la plenitud de sus derechos, se levantan frente a ella barreras infranqueables para someterla a la pasividad. Exclusivamente sobre ella pesan todas las complicaciones del menaje del hogar, el cumplimiento de los deberes y compromisos sociales y la crianza de los hijos, cuando al menos el marido aporta lo necesario para su subsistencia y educación. En estas condiciones, la mujer que se interesa por la política o quiere participar en cualquier actividad trascendente, ha de parcelar su esfuerzo para cubrir tres o cuatro flancos a la vez, lo cual le impone una tarea tan agobiadora que muy pocas están en condiciones de afrontar y resistir. Por otra parte, aún hoy día abundan los maridos que ejercen sobre su compañera un dominio tan opresor que llegan hasta prohibirle toda labor política,

con la única excepción de acompañarlos, el día de elecciones, a depositar la papeleta que ponen en sus manos en el momento de colocarla en la urna. Las mujeres soportan esta tiranía en aras del mantenimiento del hogar que es el espacio vital para sus hijos. Saben que si se rompe, llevan las de perder, en un país en donde impera la doble moral que deja libre al hombre mientras la mujer habrá de consumir el resto de su vida enclaustrada y sometida a un trabajo sin tregua para conseguir el sustento de sus hijos, que quedan en total abandono.

Son contados los historiadores que, como Will Durant en su libro "Nuestra Herencia Oriental", tienen la honestidad de declarar que la mujer fue la autora de los inventos fundamentales de la cultura y la civilización. Nos dice este autor cómo en las épocas primitivas, cuando el varón vivía errante en ejercicio de la caza y de la pesca, la mujer rondaba en torno a la cueva o a la tienda para buscar y recolectar raíces, miel, frutas o cogollos que almacenaba para la alimentación; fue así como comprobó que las semillas que caían en el camino, al ser transportadas, retoñaban y crecían. Esto la indujo a colocarlas en agujeros practicados en la tierra con un palo puntiagudo. Así realizó el maravilloso descubrimiento de la agricultura y se dedicó a ensancharla y a enriquecerla con diversas semillas recolectadas para ese fin. Obtuvo por este medio una alimentación superior y más permanente que la caza, con lo cual marcó el primer paso del salvajismo a la cultura, porque agricultura significa o envuelve cultura.

Al propio tiempo, en sus correrías por el bosque logró cazar vivos algunos cachorros de animales que, en vez de sacrificar, destinó para entretenimiento de sus hijos; vio entonces que se domesticaban y empezó a utilizarlos para sus labores agrícolas.

Con los bejucos tejió cestas para transportar los productos del campo, pero pronto se convenció de su poca duración por efecto del fuego o del agua, y decidió recubrirlos de greda y secarlas al sol, con lo cual realizó el descubrimiento de la alfarería.

El hilado y el tejido fueron también exclusivo invento de la mujer, que llamó al algodón el “árbol de la lana” y logró pacientemente obtener los primeros hilos.

La arquitectura fue iniciada por ella cuando, ante la necesidad de guarecerse con sus hijos de las inclemencias del tiempo, construyó la primera choza con los gajos de los árboles; y aun el comercio, cuyos primeros intercambios se verificaron con las cosechas, los animales y los utensilios obtenidos, elaborados o contruídos por la mujer en torno a su vivienda.

El varón, que vagaba fugitivo, se sumó también a la lista de animales domesticados por la mujer, cuando al regresar de sus largas temporadas de caza y de pesca empezó a disfrutar de las comodidades, calor y grato ambiente del hogar creado por ella. Fue entonces cuando comprendió que la agricultura y los animales eran fuente de riqueza acumulable, y resolvió apoderarse de ellos desplazando lentamente a la mujer. Con el aumento de la riqueza y del

comercio surgió la propiedad privada como institución económica fundamental. Pensó entonces el varón que ésta debía pasar a hijos presuntamente suyos, para lo cual enclaustró a la mujer y la sometió a una absoluta fidelidad, en tanto que él no pensó jamás en aplicar para sí semejantes restricciones. Nunca, en ningún lugar del mundo, se estableció la castidad o la virginidad del varón.

La mujer, en cambio, fue sometida a entregar todas las conquistas de su talento y persistente capacidad de acción para aceptar la absoluta sujeción de la esclava. El maravilloso invento del hogar fue su prisión; sus derechos sobre los hijos y la línea de sucesión materna fueron reemplazados por la sociedad patriarcal, con el varón más viejo a la cabeza. Pasó así de gestora y propietaria de una cultura y civilización sorprendentes, a mueble de propiedad del varón, que se constituyó en dueño absoluto de ella. No contento con poseer esclavas, le exigió el perpetuo holocausto de su dignidad de ser humano, sometién-dola a tan salvajes torturas como el “cinturón de castidad” y la “infibulación”, que consistía en sujetar los órganos genitales de la mujer con argollas de hierro y candado.

Para completar la sujeción de la mujer, el hombre creó también una complicada trabazón de mitos sobre el carácter femenino, sus cualidades, habilidades, vicios y defectos. Resolvió ignorar que los portentosos descubrimientos eran obra del talento y de la capacidad de la mujer para decretar, en cambio, su carencia de raciocinio y de pensamiento lógico, su carácter vanidoso, frívolo, incons-

tante y veleidoso, guiado únicamente por la intuición y la emotividad. Bajo estos principios tutelares de sujeción absoluta al varón, considerado como ser poderoso y superior intelectual y físicamente, empezaron a surgir las primeras civilizaciones.

En la Grecia de Pericles, cuna de la cultura helénica que inspiró y sigue inspirando el proceso intelectual del mundo entero, la mujer fue humillada y degradada con el establecimiento oficial de las primeras casas de prostitución. A tal punto llegó el cinismo de los hombres de esa época, que Demóstenes, uno de los siete sabios de Grecia, decía: "Tenemos hetairas para los placeres del espíritu, rameras para el placer de los sentidos y esposas para darnos hijos".

Como se ve, el desplazamiento de la mujer de los dominios de la inteligencia fue obra persistentemente edificada sobre su condición biológica de gestora de la humanidad. Los largos períodos de embarazo y lactancia, que requerían auxilios y cuidados, la colocaban en condiciones desfavorables para enfrentarse a una lucha desigual, a la vez que minaban sus resistencias ante la configuración social de un mundo basado en el principio de la total desigualdad de los sexos. Empezó por resignarse, aceptó luego, y por último llegó a creer en su inferioridad mental con relación al hombre.

Despojada en esta forma de toda capacidad defensiva, se encontró sin más armas que el poder de atracción sobre el varón. Se convirtió en vistoso animal sexual, es-

pléndidamente decorado de plumas, encajes, flores y afeites. Así, envilecida, la mantuvieron las primitivas civilizaciones de todos los pueblos, levantando altares de mentidos homenajes y alabanzas a sus necesidades y caprichos.

Sin embargo, y a pesar de este cúmulo de presiones negativas ejercidas sobre ella, su talento triunfó en algunas civilizaciones que, como la egipcia, abrieron pequeños resquicios al desarrollo de su personalidad. En ese país en donde tanto se multiplicaron los monarcas, es singularmente significativo que las rarísimas mujeres que lograron ocupar el trono alcanzaran también puesto elevadísimo en razón de su talento como gobernantes. El historiador Will Durant nos habla de la reina Hachepsut, a quien califica como "la primera gran dama de la historia", y describe así su reinado:

"A los treinta años de su reinado —Tutmosis I— elevó a su hija Hachepsut a compartir el trono con él. Por un tiempo su marido y hermanastro gobernó con el nombre de Tutmosis II y, al morir, nombró como sucesor suyo a Tutmosis III, hijo de Tutmosis I y una concubina. Pero Hachepsut apartó a este jovencito de elevado destino, asumió pleno poder real y demostró ser un rey en todo, excepto en el género.

"Ni siquiera esta excepción le fue concedida. Como la sagrada tradición exigía que todo soberano egipcio fuera hijo del gran dios Amón, Hachepsut dispuso que la hicieran al punto masculina y divina. Se inventó para ella una biografía según la cual Amón se había ver-

tido en Ahmasi, madre de Hachepsut, en una ola de luz y perfume; sus atenciones fueron recibidas con agradecimiento; y al retirarse el dios había anunciado que Ahmasi daría a luz una hija en quien todo el valor y la fuerza de Amón se pondrían de manifiesto en la tierra. Para satisfacer los prejuicios de su pueblo, y quizá el secreto deseo de su corazón, la gran reina se hacía representar en los monumentos como un guerrero con barba y sin pechos; y aunque las inscripciones se referían a ella con el pronombre femenino, no vacilaban en llamarla 'Hijo del Sol' y 'Señor de los Dos Países'. Para sus apariciones en público se vestía de hombre y se ponía barba.

"Tenía derecho a determinar su propio sexo, pues llegó a ser uno de los más prósperos y benéficos de los muchos soberanos de Egipto. Mantuvo el orden interno sin indebida tiranía y la paz externa sin pérdida. Organizó una gran expedición a Punt (presumiblemente la costa oriental del Africa). Contribuyó a embellecer a Carnac, erigió allí dos majestuosos obeliscos; construyó en Aer-el-Bahri el soberbio templo que su padre había proyectado, y reparó parte del daño causado a los templos más antiguos por los reyes hiskos. 'Restauré lo que estaba en ruinas —nos dice una de sus orgullosas inscripciones—; levanté lo que estaba inacabado desde el tiempo en que los asiáticos se adentraron en el país del norte y derribaron lo que se había hecho'. Finalmente, construyó para sí una secreta y ornada tumba entre las montañas, azotada por la are-

na de la orilla occidental del Nilo, en lo que vino a llamarse 'Valle de las Tumbas Reales'; sus sucesores siguieron su ejemplo, hasta que hubieron excavado en las colinas unos sesenta sepulcros reales, y la ciudad de los muertos empezó a rivalizar en población con la viviente Tebas. El West End de las ciudades egipcias era la morada de los aristocráticos difuntos; 'ir hacia el oeste' significaba morir.

“Durante veintidós años la reina gobernó con paz y prudencia; la siguió Tutmosis III con un reinado de muchas guerras. Siria aprovechó la muerte de Hachep-sut para rebelarse...”

Vemos cómo el talento genial de esta mujer, capaz de imponerse batiendo tan poderosos obstáculos, logró plena expresión durante sus veintidós años de permanencia en el trono. Con todo, muy pocos conocen estos hechos, porque contados son los historiadores que los relatan, y múltiples los que, deliberadamente, los ocultan o desfiguran.

¿Por qué extrañarse entonces de que las mujeres de hoy permanezcan dormidas en el ancestro, indiferentes a la actividad política, cuando ni siquiera vislumbran la historia de sus hermanas que imprimieron brillo y grandeza a los Estados en donde, con sobrehumano esfuerzo, alcanzaron las riendas del poder? ¿Acaso cuentan las mujeres con más de cincuenta años de pleno ejercicio de sus derechos, y acaso esa misma etapa comparada con los siglos de cultura y de dominación masculina, no ha sido estorbada por el cúmulo de trabas deliberadamente colocadas

para estancarla y neutralizarla? Todos los modernos sistemas de publicidad están manejados por los hombres: la prensa y la radio, la televisión y el cine, concuerdan en la morbosa y a veces grotesca exhibición femenina al través del lente mediatizador. El recurso de los reinados de belleza obtuvo tan asombroso éxito, que se multiplicó hasta lo infinito. Es así como ya tenemos en Colombia reinas de todo, hasta de la cabuya.

En tratándose de este exhibicionismo de la mujer en su calidad de hembra y objeto de lujo y de deleite, que ha sido característica de nuestra prensa y demás sistemas publicitarios o de atracción, es curioso observar a través de la historia su procedencia de origen español.

Todos sabemos que en la edad media España fue dominada durante tres siglos por la invasión musulmana, que desplazó a los cristianos hacia el norte.

Profundamente lesiva de la dignidad humana fue la situación que los musulmanes impusieron a sus mujeres: reclusas en el harem, en donde cada califa poseía cuatro mujeres legítimas y todas las esclavas que deseara y que se convertían, conforme a su capacidad de atracción, en favoritas, ya se puede imaginar la clase de artificios empleados para agradar al señor, y las repercusiones sociales de esta clase de opresión. La islamita estaba obligada a una absoluta sujeción a su marido, quien podía relegarla negándole sus favores, golpearla y aun matarla si la consideraba culpable de adulterio. Cuando se hastiaba de ella, aun cuando hubiera observado la más absoluta sujeción y obe-

diencia, podía repudiarla y bastaba con que repitiera por tres veces, con intervalos de un mes, la sentencia de repudio dictada por él, para que fuera absoluta y sin apelación alguna la disolución del matrimonio. No le bastaba vivir reclusa en el harem en donde no podía tener más visitas que las de sus padres, hermanos y mujeres que fueran del agrado del marido; ni compartir con otras tres mujeres su derecho de esposa, ni soportar el concubinato del marido con cuantas esclavas deseara, porque el simple capricho de su dueño podía arrojarla del harem sin más recursos que su propia dote.

Para la mujer, en cambio, no había sistema alguno que le permitiera liberarse de tan ignominioso cautiverio. Se le exigía comprobar ante un juez las causas de su deseo de divorcio; pero si el marido no convenía en la separación, la mujer era obligada a continuar bajo su dominio y sólo mediante el pago de cuantiosas sumas lograba su independencia. Esta se convirtió así en un negocio de los califas, quienes le hacían insoportable la vida en el harem y luego se negaban ante el juez a permitir su separación para obligarla a negociar con sus propios recursos su libertad.

Para proveerse y cambiar de esclavas según su capricho, los magnates establecieron en la España-islamita un vasto mercado de mujeres. Sin embargo, y a pesar de estar sumidas en semejante degradación, algunas lograron distinguirse en diversos campos del saber humano. La historia registra tímidamente la figura de Carima, célebre maestra de La Meca; otras se dedicaron a la literatura, a la medicina y a la jurisprudencia, pero su influencia no

alcanzó proyección alguna en la política, porque su dedicación a la ciencia era más bien una consecuencia del desdén de los hombres hacia ellas. De ahí que algunas mujeres del Islam, cuya vida era exclusivamente sexual, solamente se perfilaran a través de la pasión que lograron despertar en el varón.

Claudio Sánchez-Albornoz exhibe así la silueta de las mujeres del Islam:

“Trágicas figuras de mujer, Tarub y Aurora, encarnación de una sociedad en que las féminas eran, ante todo y sobre todo, hembras. Sólo en su calidad de tales fueron las mujeres musulmanas de la centuria décima estimadas por sus contemporáneos; y sólo a través de la libidine excitada de los islamitas españoles influyeron las hembras de los harenes y de los hogares andaluces en la marcha diaria de la sociedad en que vivían. Ningún rasgo sublime se recuerda de ellas, ninguna iniciativa femenina decisiva en la vida de la comunidad de los creyentes musulmanes consignan los cronistas, ninguna intervención importante en el gobierno del Estado de las mujeres islamitas nos describe la historia; y ni siquiera podemos registrar en su haber, bien menguado, la lenta acción fertilizante de su labor diaria, callada y silenciosa. Apartadas de la vida pública y de la vida del espíritu por una religión y por un régimen político, tiránicos para el sexo femenino, las mujeres hispanomusulmanas no fueron culpables de su inacción y de su ineficacia. Como corría por sus venas la vieja sangre ibera, no es osadía presumir que, libres de ese yugo, hu-

bieran influido en otra forma en la sociedad y en la política de Alándalus”.

Muy distinta fue la suerte de las mujeres de los reinos cristianos, desplazados hacia el norte de España por efecto de la persistente guerra contra los musulmanes. El matrimonio estrictamente monogámico, en donde la mujer debía obediencia a su marido pero como compañera y no como sierva, levantó su dignidad humillada y abrió ventanas a su dinamismo para verterse en todas las actividades que encontró a su alcance. La purísima doctrina de Cristo de amor y de igualdad pero también de sacrificio y renunciamento, que señala el paso por el mundo como el obligado tránsito hacia una superior y perfectísima existencia más allá de la muerte, acentró en ellas la austeridad, el desprecio por los bienes de este mundo, impulsándolas a una intensa vida espiritual en abierto contraste con la de las islamitas.

Como válvula de escape a su impulso vital ansioso de trascendencia, se entregaron al sostenimiento del culto, a la creación de monasterios y a la fundación de diversos centros de oración y reclusión. A millares se cuentan las abadesas que volcaron su genio creador en la dirección y organización de estos pequeños cenobios.

Quizás esta sublimación interior por el ejercicio constante de las más elevadas facultades del espíritu, despertó en estas mujeres el interés por la política, pero es lo cierto que, a diferencia de las hembras hispanomusulmanas adormecidas por la vida sensual, las mujeres hispanas de la

cristiandad, atormentadas por un ímpetu espiritual desbordado, desembocaron por los cauces de la política. Algunas de ellas brillaron como Elvira, hermana de don Sancho, que abandonó el claustro por el reinado, desde donde presidió concilios, verificó alianzas y demostró su extraordinario talento y don de mando. También fueron célebres políticas Alba, condesa de Castilla; Ermecinda, condesa Catalana, y las cinco princesas de Asturias, Castilla, León, Cataluña y Navarra. Sorprende la voluntad creadora de estas mujeres que volcaron su genio de gobernantes rompiendo los frenos de una sociedad regida exclusivamente por los varones.

El florecimiento monástico de las mujeres hispanas fue tal vez el origen de prodigiosos talentos de ese género en el renacimiento, como Santa Teresa de Avila.

Muchas veces, contemplando y escuchando a las mujeres colombianas en las altas reuniones sociales, tertulias y clubes, a donde confluye una disímil expresión de tipos femeninos: puritanas rígidamente ataviadas y cubiertas, vampiresas sofisticadas y lánguidas princesas, me he preguntado si su atuendo y su palabra, trasunto de una mezcla de coquetería y piedad, frivolidad y cordura, necesidad y juicio, agudeza mental y vanidad manifiesta, no es trasunto fiel de la fusión de los dos tipos ibero musulmán e hispano transmitidos por ancestral herencia a nuestro suelo. También como en la España de la cristiandad las vemos proyectando su piedad en obras filantrópicas de todo género y calidad; por millares se cuentan aquí las abadesas de diversas instituciones de caridad, mientras del otro

lado esplende la fastuosa hembra coronada en una inconmensurable prodigalidad de reinados, sin que sea raro el caso de fusión de las dos actividades.

En cuanto a reivindicaciones o derechos propiamente femeninos, la primera noticia que nos trae la historia es la de Cristina de Pisan, veneciana del Siglo XIV, quien se dedicó a escribir en defensa del sexo y reclamó el derecho a la instrucción en igualdad de condiciones con el hombre.

De este vacío, que denota carencia casi total de líderes feministas interesadas por sus derechos, extraen los antifeministas el argumento de que la mujer es indiferente a la política. Yo creo que tal argumento prueba lo contrario, porque viene a demostrar que, por encima de las tremendas restricciones y amenazas que se cernían sobre ella, no faltaron algunas dotadas de tan extraordinaria capacidad batalladora como para enfrentarse a un mundo en donde se llegó hasta a negarle el alma a la mujer. Es bien sabido que en el Siglo VI se reunió el Concilio de Macon que debía decidir sobre esta controversia. Refieren los cronistas que las mujeres permanecieron varios días con sus noches orando a las puertas del Concilio provistas de ramos de flores para ofrendarlas en agradecimiento por el don que esperaban recibir.

Si la situación de inferioridad en que se colocó a la mujer llegó a tales extremos, no nos sorprende que la portentosa hazaña de Juana de Arco adquiriera las proporciones de milagro o brujería, porque nadie en esa época con-

cebía que una doncella fuera capaz de asumir la potestad de General en Jefe de los ejércitos franceses, marchar a la cabeza, combatir y triunfar en varias batallas para recuperar el territorio de su patria y librar al país de la tremenda descomposición en que se encontraba, hasta cuando fue herida y hecha prisionera por los ingleses, quienes la calificaron como bruja y la condenaron a ser quemada viva en Roen, en el año de 1431.

Por otra parte, es muy presumible que los hombres, árbitros de la historia, no registraran aquellos hechos que estaban empeñados en desconocer. No conozco historiador alguno que relieve la superioridad del talento de la reina Isabel la Católica por sobre el de su esposo Fernando de Aragón. De tal magnitud fueron su visión política y su decidida acción en el descubrimiento de América, que no pudiendo ocultar su nombre, se limitan a mencionar el desprendimiento y gracia femenina con que ofreció sus propias joyas para los gastos de la expedición.

Así, despojada de todos los derechos, prerrogativas y oportunidades, sepultada en vida, vivió la mujer a través de sucesivas etapas milenarias de la humanidad. De tiempo en tiempo, insurgían voces de protesta que eran acalladas por los varones, dueños absolutos de todo el andamiaje jurídico y social, desconocidas hasta por las propias mujeres quienes acostumbradas a la subordinación y servilismo, ni siquiera podían entender que merecieran la libertad a pesar de que en todos los grandes movimientos de reivindicación social iniciados por los hombres las mujeres marcharon siempre a la cabeza y tomaron parte acti-

va como combatientes y como mártires. Incontables son los nombres de las heroínas en todas las gestas revolucionarias, sin que hubieran recibido la más leve retribución, ni siquiera el justiciero reconocimiento perpetuado en el bronce o en el mármol.

Ya en la época moderna, son célebres los nombres de las mujeres de la revolución francesa de 1789. En torno a estas mujeres se fraguó el impulso revolucionario y fueron ellas las más resueltas y valerosas combatientes. Para no incurrir en la pesadez de una larga enumeración, me referiré únicamente a Olimpia de Gouges y a Luisa de Lacombe quienes, al ser proclamados Los Derechos del Hombre, a udieron ante el Ayuntamiento de París el 20 de noviembre de 1793 (28 Brumario) y proclamaron también LOS DERECHOS DE LA MUJER en 17 artículos. Comprendieron ellas que la expresión “hombre” no se tomaba en el sentido verdadero que es el de la especie, ya que sujeto de derecho es la persona, y persona es todo ser de la especie humana, sino en cuanto al género, de tal suerte que los derechos del hombre serían, como lo fueron, únicamente para el elemento masculino.

Cuando la Convención Francesa llamó a todos los hombres a empuñar las armas para rechazar la invasión europea, se presentaron las mujeres parisienses a solicitar fusiles para defender el territorio patrio al lado de los hombres. El revolucionario Chaumette interrumpió el hilo de su discurso diciéndoles:

“¿De cuándo acá es permitido a las mujeres renegar de su sexo y cambiarse en hombres? ¿Desde cuán-

do acá se acostumbra que descuiden los piadosos menesteres de su casa y las cunas de sus hijos para venir a estos sitios a pronunciar discursos desde la tribuna, enjaretarse en las filas de la tropa y llenar deberes que la naturaleza sólo exige al varón? La naturaleza ha dicho al varón: sé varón siempre. La carrera, la caza, la agricultura, la política, las fatigas de toda clase, son tu privilegio; quédense para la mujer el cuidado de los niños, el de la casa, las dulces inquietudes de la maternidad. Mujeres imprudentes, ¿por qué queréis convertirnos en hombres? ¿No está ya bastante dividido el género humano? ¿Qué más necesitáis? Permaneced como sois en nombre de la naturaleza, y mejor que envidiarnos los peligros de vida tan borrascosa, contentaos con hacérnoslos olvidar en el seno de nuestras familias, permitiendo que se recree nuestra vista en el delicioso cuadro de nuestros hijos, dichosos merced a vuestros inteligentes cuidados”.

Las patriotas francesas le replicaron a Chaumette:

“Si la mujer tiene derecho a subir al cadalso, debe tener también el de subir a la tribuna”.

Olimpia de Gouges pereció en el cadalso pagando así con u vida el pecado de despertar la conciencia femenina. Luégo, en 1793, Rosa Lacombe siguió las huellas de Olimpia y fundó la “Sociedad de Mujeres Republicanas y Revolucionarias”, que pronto se extinguió debido a la violenta presión ejercida en su contra por los varones, cuando ya llegaba la hora de la distribución de los gajes del poder.

También en nuestra patria las granadinas participaron con indomable energía batalladora en la guerra de Independencia. Fueron las manos de Manuela Beltrán las que rasgaron los edictos en la plaza del Socorro, el 16 de marzo de 1781, al grito de "Abajo el mal gobierno".

Este grito es expresión clara de una conciencia movilizadora de voluntades hacia un objetivo concreto. No fue un arranque pasional, ni un airado impulso indeterminado lo que llevó a Manuela Beltrán a enfrentarse con tan valerosa decisión a los opresores, sino el recóndito anhelo de cambio, la certidumbre de que era preciso derrocar un gobierno tiránico. Ella llevaba en sus manos la antorcha de la libertad que encendió las primeras llamas; por eso no pudieron desconocerla pero tampoco se le ha rendido un homenaje digno de tan portentosa hazaña.

Dos mujeres más, Policarpa Salavarrieta y Antonia Santos, por su poderosa capacidad de lucha y su ejemplar valor ante el cadalso, lograron traspasar los lindes de la historia para que sus nombres llegaran hasta nosotros. Por eso se cree que fueron únicamente tres las mujeres que tomaron parte activa, como combatientes y como mártires, en las batallas emancipadoras de nuestro suelo. Y era suficiente en una época en que ni los mismos hombres tenían clara conciencia de la libertad, ni posibilidad de obtenerla, y en que las mujeres apenas alcanzaban la categoría de cosas. Pero fueron muchas más. Rebuscando en archivos viejos encontré el libro del señor Canónigo Cayo Leonidas Peñuela que trae una extensa lista de mujeres impulsadoras y animadoras de la lucha de Independencia.

Tomo de su obra "El Album de Boyacá", únicamente los nombres de aquellas que fueron ejecutadas pagando con su vida su fervor por la libertad:

"AROCA JOAQUINA, en cuya casa se hacían reuniones patrióticas: fusilada en Purificación el 5 de septiembre de 1816.

"AVILA MARIA DE LOS ANGELES, alentaba y auxiliaba a los patriotas que marchaban a Casanare. Carlos Tolrá supo eso, y a su llegada a Tensa la hizo fusilar en la calle, frente a su tienda de menestras, que entregó al saqueo: 3 de diciembre de 1817.

"BUENAHORA PRESENTACION: de Pore, fusilada por el realista Manuel Villavicencio el 28 de junio de 1816.

"BUITRAGO SALOME, fusilada por Carlos Tolrá en Tensa el 3 de diciembre de 1817, como auxiliadora de los Almeidas.

"CARREÑO LEONARDA, cómplice de la guerrilla de la Niebla, fusilada por Fominaya en Guadalupe el 16 de diciembre de 1817.

"CASTRO DOROTEA, de Palmira, en compañía de su esclava Josefa Conde había ayudado al jefe Pedro Murgueitio a recoger hombres, armas y caballos; ambas fueron fusiladas por Francisco Warleta el 13 de septiembre de 1817.

"CUESTA REMIGIA, de Tibirita, fusilada el 2 de diciembre de 1817, como auxiliadora de los Almeidas, por Simón Sicilia.

“DEVIA MARIA DEL ROSARIO, de Natagaima, fusilada en Purificación por Ruperto Delgado el 10 de septiembre de 1817.

“DIAZ EVANGELINA, de Zapatoca, fusilada con dos compañeras el 19 de julio de 1818, por orden de Lucas González.

“ESCOBAR JUANA, de Gámeza, asesinada por haber salido a impedir el sacrificio de prisioneros patriotas el 10 de julio de 1819.

“ESGUERRA MARIA JOSEFA, de Zipaquirá, agente de la Pola, fusilada en Machetá el 26 de noviembre de 1817 por orden de Tolrá.

“ESTEPA JUSTA, de Moreno, fusilada en dicho pueblo por Pablo Mesa, el 16 de enero de 1817.

“FORERO CANDELARIA, de Machetá, fusilada por Tolrá el 26 de noviembre de 1817.

“IZQUIERDO TERESA, de Sogamoso, fusilada el 24 de julio de 1818.

“LEITON ANSELMA, de Lérida, llevada por Manuel Angles al suplicio el 17 de enero de 1817, por haber auxiliado a unos patriotas fugitivos.

“LINARES ESTEFANIA, de Mariquita, fusilada también por Angles el 20 de octubre de 1816, por no haber denunciado a uno de los Armeros.

“LIZARRALDE MARIA JOSEFA, española pero patriota. ‘Hay un documento en el archivo del consejo de guerra permanente, en el cual el Alcalde mayor de

Zipaquirá, Miguel Lugo y León, da cuenta de que el 3 de agosto de 1816, por la noche, fueron fusilados en la plazuela de la Floresta dos insurgentes y una mujer, porque estaban sobornando la guardia. Se ha creído que la mujer fue doña María Josefa Lizarralde, pues confinada a Puerto Real, no se volvió a tener de ella noticia alguna.

“LOAISA MERCEDES, de Villavieja, fusilada por Ruperto Delgado el 16 de septiembre de 1817, por no denunciar a un patriota oculto.

“MEDINA IGNACIA, de Garagoa, fusilada por Simón Sicilia el 9 de diciembre de 1817, como auxiliar de la guerrilla de los Almeidas.

“MOREDO ANTONIA, de Neiva, fusilada por Ruperto Delgado el 19 de septiembre de 1817, por haber facilitado la fuga de unos patriotas.

“NEIRA DE ESLAVA ESTEFANIA, fusilada en Sogamoso por Matías Escuté el 17 de enero de 1818, por haber despachado a su esposo Romualdo Eslava y a otros compañeros a incorporarse en las tropas de Casanare.

“NIETO MICAELA, de Nemocón, fusilada por Carlos Tolrá el 9 de noviembre de 1817.

“ORTEGA ASCENSION, de Málaga, fusilada por Rafael Iglesias en enero de 1819.

“OSUNA INES, de Bogotá, confinada a Guateque, fusilada allí por Simón Sicilia el 6 de diciembre de 1817.

“RAMIREZ JUANA, de Tensa, fusilada por Lucas González en Zapatoca en marzo de 1818.

“RAMOS FIDELIA, fusilada en Zapatoca por Antonio Fominaya el 11 de diciembre de 1818.

“RIBERA ROSAURA, de Neiva, fusilada por Ruperto Delgado el 26 de noviembre de 1816, por auxiliar patriotas fugitivos.

“SALAS DOLORES, de Neiva, fusilada también por Ruperto Delgado el 14 de septiembre de 1817.

“SALGAR ENGRACIA, del Socorro, fusilada por Antonio Fominaya el 2 de diciembre de 1818.

“SARMIENTO GENOVEVA, de Tensa, fusilada por Carlos Tolrá el 5 de diciembre de 1817.

“SANTOS ANTONIA, de Charalá, fusilada en el Socorro por Lucas González el 28 de julio de 1819, ‘por ser el centro de la insurgencia, a la vez que promotora y sostenedora de la guerrilla de malhechores de Coromoro’, según el parte oficial; el mismo día y con ella Buenaventura Becerra e Isidro Bravo.

“TALERO BIBIANA, de Zipaquirá, sorprendida llevando correspondencia a los Almeidas, fue muerta el 21 de noviembre de 1817, el día en que el grueso de la guerrilla quedó deshecho en Chocontá.

“TELLO MARTA, de Neiva, fusilada por Ruperto Delgado el 12 de noviembre de 1817, por haber procurado la fuga a un patriota.

“TRILLERAS LUISA, de Natagaima, fusilada en Prado el 7 de septiembre de 1817 por orden de Delgado.

“VARGAS MARIA DEL TRANSITO, de Guadalupe, fusilada por Rafael Iglesias el 18 de diciembre de 1818, por acusársele de que se comunicaba con la guerrilla de aquel lugar. (Formaba parte de la de la Niebla).

“USCATEGUI MANUELA, de Puente Real, fusilada el 20 de diciembre de 1818 por Rafael Iglesias, en castigo de no denunciar el paradero de algunos patriotas que andaban fugitivos.”

En 1807 aparece el Código de Napoleón que volcó en leyes su pensamiento, imponiendo a la mujer los más ignominiosos preceptos de sujeción y esclavitud. Nuestros hombres encontraron muy de su agrado este conjunto de principios que establecía una organización social y jurídica basada en el predominio del fuerte sobre el débil, y procedieron a copiarla e implantarla orgullosamente como Código de Legislación Civil y Penal Colombiana.

De ahí viene la “potestad marital” y viene también el precepto musulmánico por medio del cual el marido podía dar muerte a su mujer cuando la sorprendía en adulterio. Como veremos adelante, este precepto del Código Penal fue derogado en su letra pero continúa rigiendo en la práctica.

En 1848, cuando triunfó en Francia la Revolución Socialista de Louis Blac, aparece Eugenia Niboger, quien

fundó "LA VOZ DE LAS MUJERES", primer diario feminista de que se tiene noticia. Esta mujer valerosa y de excepcional talento y capacidad combativa, reclamó ante la municipalidad de París la "reivindicación de los derechos de la mujer" y realizó un tenaz esfuerzo de organización que no logró tomar fuerza suficiente para imponer sus puntos de vista, porque el peso de siglos de servidumbre había alcanzado tal arraigo en la mentalidad femenina que formaba parte de su naturaleza. Mujer y sierva eran sinónimos y se consideraba pecaminosa y corruptora de las buenas costumbres toda propaganda encaminada a demostrar a las mujeres que el cerebro es el centro propulsor del pensamiento y de la idea. Convencidas estaban de que la cabeza femenina es un órgano atrofiado, carente de contenido, hecha exclusivamente para lucir bellos peinados y espléndidos sombreros.

Mucho más tarde, y solamente cuando las mujeres francesas empezaron a sindicalizarse hacia 1900, comenzó también a surgir en ellas una elemental conciencia de clase oprimida.

Fueron las australianas las primeras en obtener los derechos ciudadanos, a raíz de la formación del gobierno federal en 1902.

Pero el hecho fundamental de indiscutible demostración de capacidad femenina se patentizó en la primera guerra mundial de 1914, cuando las mujeres inglesas y las norteamericanas, las francesas y las alemanas, y las de los demás países combatientes, reemplazaron a los hombres

en todos los campos vedados hasta entonces para ellas: en la agricultura y en el comercio, en la industria y en las fábricas de elementos bélicos, y en todos los sectores de la administración pública probaron su valor, pericia, fuerza y talento, hasta el punto de que pusieron a marchar los países en donde los hombres habían sido desplazados hacia la frontera de guerra.

Esta dura etapa cubierta con brillo y grandeza y aun con heroísmo por las mujeres, no fue suficiente para equipararlas en derechos a los varones, quienes aspiraban a conservar la servidumbre femenina pasando por encima de semejante demostración de talento y eficiencia.

Fue entonces cuando las inglesas, acosadas por el resentimiento de su milenaria esclavitud, se decidieron a emprender la batalla por la conquista de sus derechos políticos. Después de emplear, sin resultado alguno, todos los recursos de petición y de súplica ante el Parlamento, no se sometieron a quedar burladas en su justo anhelo y organizaron manifestaciones permanentes, huelgas de hambre y airadas protestas colectivas. Era tal la decisión de aquellas valerosas mujeres, que se sujetaban con cadenas a las ventanas del Parlamento para impedir que la policía las retirara. Con todo, eran arrancadas y reclusas por redadas; pero en vez de someterse salían con mayor decisión a proseguir el combate en donde sufrían toda suerte de ultrajes. Finalmente, y ante la irrevocable resolución de conquistar sus derechos, penetraron violentamente al Parlamento para acometer a sus opositores con piedras, tomates y huevos podridos.

Por esta misma época emprendieron las mujeres norteamericanas la misma batalla. Una sola mujer, Sussan B. Anthony, fue la autora de la liberación femenina en los Estados Unidos de Norte América. No hay ejemplo en el mundo, a través de la historia de las reivindicaciones políticas, de una campaña semejante sostenida por una sola persona. De la tenacidad de su lucha, de la imperturbable serenidad con que recibía injurias y burlas, nos habla así la prensa: "Periodistas, clérigos, políticos, rivalizaban en lo agrio de la censura o lo sangriento de la befa". El "Heraldo de Nueva York" se hizo tribuna opositora del derecho femenino. Muchas mujeres de ese país, que marcha hoy a la cabeza de la civilización, fueron, como aquí, las primeras en oponerse a la realización del ideal; pero Sussan, sin inmutarse ni desalentarse, continuó su brega hasta obtener el triunfo, porque entendía muy bien que de una parte militaba el egoísmo y de otra la incomprensión: dos fuerzas ciegas que han sido en todas las etapas del universo el obstáculo y el lastre de los grandes movimientos renovadores.

Claro es que quienes se empeñaron en tan singular batalla no podían estar elegantemente ataviadas ni adornadas como exitosas hembras para atraer la atención masculina. Eran personas humanas, que se aprestaban a librar una lucha que llevarían hasta sus últimas consecuencias y, por tanto, necesitaban de atuendo apropiado: trajes sencillos, botas, paraguas y cuanto elemento defensivo encontraron a mano. "Feministas" se llamaron porque luchaban por la causa femenina, y "sufragistas" porque el centro

medular de su insurgencia revolucionaria era obtener para las mujeres el derecho del sufragio, que lograron por fin en 1917 y 1918 aunque en forma parcelada.

En nuestra América Latina fulge un caso singular de agudo talento político: Eva Perón. De simple actriz de segunda categoría logró, merced a su indomable voluntad y poderosa capacidad de esfuerzo, convertirse en dueña absoluta de un país de tan elevada cultura como la Argentina. Buenos Aires está a la altura de Londres o de Nueva York en materia de expresión artística. Posee una sociedad de rancias tradiciones aristocráticas que hacen casi imposible la penetración de elementos de origen humilde. La "hostilidad larvada del macho americano respecto a la mujer" es, como en Colombia, manifiesta y, lo mismo que aquí, las esposas de los más altos funcionarios forman únicamente el séquito de las gracias hechas para tejer guirnaldas y adornar el marco en donde esplenden las glorias de los gobernantes varones.

¿Cómo pudo Eva Perón romper tan tupida maraña de imposibles y escalar tales cumbres? Indudablemente poseía fina percepción política y extraordinaria habilidad para manejar la complicada urdimbre de la política en juego. Posiblemente el proceso de industrialización, ya muy avanzado en la Argentina por aquella época, estaba produciendo problemas de carácter social, inadvertidos en los altos círculos en donde se desarrollaba la política nacional, cuestión que avizoró Eva, y se lanzó a los barrios, a las fábricas, a todos los sitios de concentración de trabajadores y campesinos portando el estandarte de las reivindicaciones

obreras. Fue así como esta mujer de humilde extracción movilizó y puso en marcha la gran manifestación del 17 de octubre de 1945. En arrolladora fuerza se congregaron los obreros, los desharrapados, tiznados, mugrientos, con el pecho desnudo, en torno a Eva Perón clamando justicia social. Cuando por menospreciarlos los llamaron “descamisados”, Eva se apoderó del mote y gritó: “¡Mis queridos descamisados!” Con ese pueblo sacó a Juan Domingo Perón del presidio y lo colocó en el solio de los presidentes. Perón, ni desconocido ni ingrato, se unió en matrimonio con Eva reconociéndole una autoridad y un poder quizá mayor que el suyo.

El mundo entero se ocupó del prestigio y del talento de Eva Perón. Llenaba la primera página en los diarios y revistas más importantes, y sus viajes a España y a Roma, en donde fue recibida por el Santo Padre, fueron famosos. Su rutilante carrera se fijó en el cosmos, pues un nuevo astro recibió su nombre: Evita, como la llamaba el pueblo.

La Fundación “Eva Duarte de Perón” agrupaba todas las instituciones de asistencia social y recibía auxilios de todos los argentinos. La capacidad de trabajo de Eva Perón era realmente asombrosa. Desde las seis de la mañana estaba en pie para atender a las complicaciones del gobierno. Al propio tiempo se mantenía en permanente contacto con sus “descamisados”, a quienes distribuía auxilios y dones diariamente. Su poder corre a la par con el de los más grandes caudillos de la historia, y no hay ejemplo de mujer alguna capaz de encumbrarse, por sobre todo y con-

tra todo, sin más armas que su talento político. El entierro de Eva Perón fue tan grandioso que quizás ninguno de los regios magnates lo ha tenido igual porque el fervor de sus “descamisados” la acompañó hasta la tumba y más allá. Creo que Eva Perón es la figura más saliente de este siglo.

Creo que esta breve síntesis histórica es suficiente para demostrar que la mal llamada “guerra de sexos” que tanto atemoriza a las damas no fue tal cosa sino, simplemente, el ejercicio del legítimo derecho de todo ser humano, para luchar contra abusivas normas de opresión impuestas por la fuerza bruta.

Resulta inadmisibile que la historia no registre la huella de estos hechos, que han quedado en la penumbra de pequeñas publicaciones aisladas, de donde solamente logramos sacarlas a la luz por un persistente estudio destinado a desentrañar las causas de la pasividad femenina. ¿Cómo puede esperarse acción en las mujeres cuando ni siquiera se les ha procurado la posibilidad de conocer los nombres de las hermanas a quienes hoy les deben el derecho a la cultura, el derecho a manejar sus bienes y el derecho a intervenir en las altas cuestiones del Estado?